



## 13

**La infancia de Jesús**

**C**ontemplábamos en el tema anterior el nacimiento del Hijo de Dios. Venimos recorriendo un camino desde la perspectiva de la llamada a ser felices, pues para esto Dios nos ha creado. Esa **felicidad** está en Dios y el camino para alcanzar esa felicidad y para alcanzar la unión con Dios es la **bendición**. Hemos ido haciendo un breve recorrido por el Antiguo Testamento hasta llegar a las puertas del Nuevo Testamento de la mano de María, la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra. Desde la **Anunciación**, la **Visitación** y el **Nacimiento** estamos intentando comprender y profundizar en el misterio de la vida cristiana.

Seguimos acompañando al **Niño Jesús**. Ahora vamos a contemplar **tres misterios de la infancia de Jesús**. Después de nacer y ser adorado por los pastores,

- I – Jesús es adorado por los Magos,
- II – al Niño se le impone el nombre de Jesús, y
- III – María y José presentan al Niño Jesús en el Templo.

Son misterios que conocemos muy bien y que hemos contemplado tantas veces, especialmente el misterio de la Presentación que rezamos en los misterios gozosos del Rosario. Vamos a intentar de la mano del Señor, cogiéndonos también de la mano de María, profundizar en estos misterios.

## I

Comenzamos por la **Adoración de los Magos** (*Mt 2,1*). Jesús ha nacido y ¿qué hace el Señor al nacer? Manifestar su presencia en medio de nosotros, escondido primero en el seno de María, manifestado a partir de su nacimiento. El Señor se hace presente entre los hombres de una manera nueva: *«el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»*. El Señor está, y ahora vamos a ver cómo **Dios Padre a través del Espíritu Santo va a ir moviendo a los hombres para que descubran la presencia salvadora de Dios encarnado en medio del mundo**.

**La primera bendición para nosotros es Dios mismo: su presencia nos bendice, irradia la gracia y la vida, es la luz en el mundo**, y no solo a los de cerca, los judíos, sino también a los de lejos, los gentiles; también a ellos el Señor los busca. Por eso **los Magos son la primicia de las naciones que están todas llamadas a conocer a Cristo, a entrar en la Iglesia**.

Y sabemos muy bien cómo **a partir de una estrella aquellos Magos empiezan un itinerario**, un camino que, pasando por Jerusalén y tras el encuentro con el rey Herodes, les conduce a Belén el lugar donde la estrella vuelve a aparecer. **Allí descubren a María, a José y al Niño. Ellos, al ver al Niño, se postran y adoran, se llenan de inmensa alegría; abrieron sus cofres y le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra**. Y avisados en sueños, no volvieron donde estaba Herodes, sino que se volvieron a su país por otro camino.

**Partieron hacia sus lugares de origen a ser testigos de Cristo. Este es el movimiento que contemplamos en los Magos**. La bendición de la presencia se traduce en una llamada a encontrar, a adorar, a ofrecer, a testimoniar.

Vamos a ver un texto especialmente precioso, **la homilía** con la cual **Juan Pablo II concluyó el Jubileo del Año 2000**, del 6 de enero de 2001. El Papa comenta el evangelio de la adoración de los Magos, y de ella extrae toda una luz para comprender lo que es **el dinamismo de nuestra vida cristiana**. Vamos a comentar algunos pasajes de esta preciosa homilía y veréis qué luz tiene para nuestra vida cristiana.

«El relato de los Magos puede indicarnos un camino espiritual».

El Papa hace una afirmación decisiva: en el **itinerario de los Magos** descubrimos un **camino espiritual cristiano**. Veamos cuál es.

«Ellos nos dicen que, cuando se encuentra a Cristo, es necesario saber detenerse y vivir profundamente la alegría de la intimidad con Él. “Entraron en la casa, vieron al niño con María su Madre y, postrándose, lo adoraron”, sus vidas habían sido entregadas ya para siempre a aquella Criatura por la cual habían afrontado las asperezas del viaje y las insidias de los hombres».



Aquellos dones, oro, incienso y mirra, representan al mismo Jesús. **Oro** porque es Rey, es el Señor; **incienso**, porque es Dios, Dios hecho hombre; y **mirra**, que habla de nuestro Redentor, el que ha de morir, el que ha de ser embalsamado cuando sea introducido en el sepulcro.

Pero en estos dones también está nuestra propia ofrenda, porque en esas ofrendas los Magos ¿qué están diciendo? Lo mismo que nosotros tenemos que decir: « **Jesús, yo quiero que tú seas mi Señor, mi Rey; Jesús yo quiero adorarte y te reconozco como Dios. Jesús, gracias por ser mi Redentor. Úneme a tu redención, que tu redención sea eficaz en mí y me transforme** ».

Pero no solo eso, sino que este acontecimiento en sus vidas es un encuentro que reclama aprender a detenerse. **Cuando se encuentra a Cristo es necesario saber detenerse y vivir profundamente la alegría de la intimidad con Él.**

Mirad, no podemos ser cristianos si no nos llena Cristo, si no hemos descubierto a Cristo como la novedad radical, como el Tesoro de los tesoros. Como nos dice el Señor en la parábola, has descubierto un tesoro y lo vendes todo, porque en el tesoro está todo, pues **Cristo es nuestro tesoro y por eso es necesario detenerse, para contemplarle, para conocerle y para adorarlo.**

Hay que hacer experiencia de Cristo. Solo los que saborean a Dios, los que le han experimentado, pueden dar verdadero testimonio de Él, porque si no... Solo hablamos de cosas que sabemos, pero qué distinto es hablar de cosas que hemos experimentado, que hemos vivido, ¡qué distinto es! Pues esto es lo que tenemos que aprender a vivir: hay que detenerse, sentarse, arrodillarse, postrarse y vivir profundamente la alegría de la intimidad con Cristo. Y por eso el Papa dice a continuación:

«El cristianismo nace, y se regenera continuamente, a partir de esta contemplación de la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo».

**No hay cristianismo si no hay encuentro con Cristo.** El cristianismo nace del encuentro con Cristo, pero no nace de una sola vez, cuando tú te encuentras con el Señor, para luego vivir ya por independiente, ¡no! Dice el Papa: **El cristianismo nace y se regenera, es decir, está naciendo continuamente a partir de la contemplación de la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Cristo.** Nuestra vida cristiana nace y se regenera continuamente **a partir del encuentro con Él.**

Sigue diciendo el Santo Padre:

«Y no obstante, como sucedió a los Magos, esta inmersión en la contemplación del misterio no impide caminar, antes bien obliga a reemprender un nuevo tramo de camino, en el cual nos convertimos en anunciadores y testigos. “Volvieron a su país por otro camino”».

Es decir, la alegría de la intimidad con Él no es intimismo, no es evasión, todo lo contrario. Quien ha encontrado a Cristo descubre cómo tiene que ser portador, instrumento, testigo de Él: «**La caridad de Cristo nos urge**»—decía san Pablo.



Es decir, la alegría de la intimidad con Él no es intimismo, no es evasión, todo lo contrario. Quien ha encontrado a Cristo descubre cómo tiene que ser portador, instrumento, testigo de Él: **«El amor de Cristo nos urge»**, decía san Pablo (2Cor 5, 14).

Pues es así: los Magos, después del encuentro con Él, son guiados por el Espíritu Santo, que les había llevado hasta allí y les hace comprender cómo ahora tienen que volver al lugar donde ellos vivían a ser testigos del Señor. Nosotros también tenemos que vivir lo mismo.

*«Los Magos fueron en cierta manera los primeros misioneros. El encuentro con Cristo no los bloqueó en Belén, sino que les impulsó nuevamente a recorrer los caminos del mundo. Es necesario volver a comenzar desde Cristo».*

El Papa nos descubre la clave. Ciertamente, hay que ser testigos de Cristo, pero para poder ser testigos, primero hay que haber hecho experiencia de Él, y no podemos tener experiencia de Él si no lo contemplamos, si no lo conocemos, si no lo adoramos, pero para vivir esta experiencia es necesario haberle encontrado. Y no se le puede encontrar si no se le busca de verdad y en serio.

Por eso nos ha dicho el Papa: **«es necesario volver a comenzar desde Cristo»**. **No puede haber vida cristiana si no partimos del encuentro con Jesús, esta es la clave**, porque sin Él no somos nada, no podemos hacer nada, pero si le encontramos de verdad no nos podemos quedar parados, sino que el mismo Señor nos pone en movimiento: **«Yo he salido del Padre»** (Jn 8, 42). **El cristiano es el que sale de Cristo y desde Cristo va a los hombres.**

Sigue diciendo Juan Pablo II:

*«Es necesario “recomenzar desde Cristo”, con el impulso de Pentecostés, con entusiasmo renovado. Recomenzar desde Él ante todo en el compromiso cotidiano por la santidad, poniéndonos en actitud de oración y de escucha de su palabra. Recomenzar también desde Él para testimoniar el Amor mediante la práctica de una vida cristiana marcada por la comunión, por la caridad, por el testimonio en el mundo».*

Cómo veis, **es necesario partir de Cristo para que nuestra vida sea verdaderamente cristiana**, para vivir una vida de santidad, partiendo de la oración y de la escucha de la Palabra, para convertirnos en testigos del amor de Cristo en medio del mundo:

*«Hay una urgente necesidad de aprovechar el impulso de la contemplación de Cristo. En el rostro humano del Hijo de María reconocemos al Verbo hecho carne, en la plenitud de su divinidad y de su humanidad».*

Es esta contemplación de Cristo la que hace que nuestra vida se transforme y desde ese encuentro nos convertimos en sus testigos. Y veréis cómo ese encuentro con el Señor nos transfigura, nos transforma, porque la contemplación de Cristo, el encuentro con Él no nos deja igual. Sin saber cómo, sin notarlo, el Señor nos transforma, el Espíritu Santo va imprimiendo en nosotros el rostro de Cristo, el rostro de Aquel que contemplamos y aprendemos a amar.

Así el Papa saca una conclusión preciosa respecto de **la Iglesia** y de nuestra **vida cristiana**. Volvemos al misterio de la estrella y aquí el Papa nos evoca **el misterio de la luna**. Sabéis cómo la luna da luz en la medida en que está reflejando la luz del sol. Escuchemos lo que nos dice el Santo Padre:

*«La Iglesia intenta desempeñar aún con mayor interés, para sus hijos y para la humanidad, la función de la estrella que orientó los pasos de los Magos. La Iglesia no vive para sí misma, sino para Cristo. Intenta ser la “estrella” que sirva como punto de referencia para ayudar a encontrar el camino que conduce a Él. Como la luna, no brilla con luz propia, sino que refleja a Cristo, su Sol. ¡Cristo es la luz de los pueblos! Quiera el Señor que, en el nuevo milenio, crezca cada vez más en la santidad, para ser en la historia verdadera “epifanía” del rostro misericordioso y glorioso de Cristo, el Señor».*

¿Habéis visto, habéis escuchado? **Somos como la luna.** Cuando la luna está recibiendo la luz del sol, ilumina e irradia, pero no tiene más luz que la que recibe, pues eso es lo que nos pasa cuando encontramos al Señor. Estando con Él nos inunda con su luz y nos transfigura, nos transforma, nos hace portadores de lo que estamos recibiendo de Él.

Y así el Señor nos sumerge en medio del mundo, para ser esa luna viva, esa luna que en contacto constante con el Señor, está reflejando la vida que recibe de su Señor, de su Dios y de su Redentor:

***¡Jesús, te adoramos y te bendecimos, nos postramos ante ti como los Magos, como los pastores, como José, queremos adorarte con el Corazón de María!***

## II

Después de la adoración de los pastores y de los Magos, María y José cumplen lo prescrito en la ley. Primero con la circuncisión del Niño y la imposición del nombre; después con la presentación en el Templo. Veamos el pasaje del evangelio que nos narra **la imposición del nombre de Jesús:**

**Texto (Lc 2, 21-33)**

*«Cuando se cumplieron los ochos días para circuncidarlo, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno».*

El nombre de “**Jesús**”. **Dios se ha puesto un nombre a sí mismo al encarnarse**, Jesús, que significa Dios salva, **Dios es Salvador. Vivir la bendición de Dios significa** que, para que esa bendición nos alcance a los hombres, tenemos que **descubrir el misterio del nombre**. Dios tiene nombre para nosotros, para que le invoquemos. *«Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará»*, dice san Pedro en Pentecostés hablando de Cristo glorioso, resucitado, el único Salvador (*Hch 2, 21*).

Hay que invocar el nombre del Señor. ¿Y qué es invocar? **Invocar es dialogar**, es aprender a **hablar con Dios**, porque Dios quiere bendecirnos, pero normalmente no nos bendice sin nuestro deseo, sin nuestra colaboración, sin nuestro consentimiento, sin nuestra petición. Tenemos que aprender a invocarle. ¡Aprende a llamar al Señor!

Todos los relatos de la infancia están rodeados del nombre que recibe el Niño: “Jesús”, Dios salva; “Emmanuel”, Dios con nosotros; el Salvador, el Mesías, el Señor, como proclama el ángel a los pastores. ¿Ves? **El Señor está entre nosotros** y quiere ser invocado, **quiere que hables con Él** para que permitas que Él te pueda bendecir.

**La vida cristiana es** algo tan sencillo como entrar en la **amistad con Dios**, una amistad que a través del diálogo de amor permite que el Señor nos bendiga, nos llene de sus dones, nos transforme.

## III

Después de la circuncisión y de la imposición del nombre, **María y José a los cuarenta días van al Templo a presentar al Niño** (*Lc 2, 22-24*):

*«Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”, y para ofrecer en sacrificio, un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor».*

María y José comprenden muy bien el sentido del don que es Cristo para ellos, especialmente María, la madre de Jesús, nuestra Madre. **Aquello que se recibe de Dios hay que presentarlo a Dios.** La bendición recibida tiene que ser presentada también a Dios para ser nuevamente bendecida.

Nuestra vida también es así: hemos recibido el don de la vida y el Señor espera que acudamos allí, a la casa de Dios, para que a través del sacramento del **Bautismo**, recibamos la vida divina. **Sobre la bendición que es la vida humana, se recibe una nueva bendición que es la vida misma de Dios.**

María y José nos enseñan a descubrir cómo **toda vida humana tiene que ser puesta en las manos de Dios**, no nos pertenecemos, somos de Aquel que nos ha hecho y tiene que terminar su obra en nosotros. Los padres tienen que descubrir cómo han recibido la bendición de los hijos, pero ellos no son dueños de una vida con la que han sido bendecidos, sino que toda vida ha de ser puesta en las manos de Dios. ¡Qué maravilla! La vida es así: es recibirla de Dios, presentársela a Él para que Él haga de nuestra vida una maravilla divina. ¡Qué bien lo entienden María y José!

*«Simeón tomó al Niño Jesús en brazos y bendijo a Dios diciendo: “Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar a tu siervo irse en paz; porque han visto mis ojos tu salvación [Salvador], la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2, 28-32).*



Sabemos cómo allí en el Templo encuentran a **Simeón** y después también a **Ana**, estos dos preciosos y simpáticos **ancianos que vivían en el Señor**. De Simeón nos dice que esperaba la consolación de Israel, que era un hombre especialmente habitado y guiado por el Espíritu, le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de ver al Mesías del Señor, y movido por el Espíritu fue al Templo. *Tres gracias del Espíritu Santo: en él moraba el Espíritu, recibió una revelación del Espíritu, movido por el Espíritu.*

En el capítulo octavo de la Carta a los Romanos, capítulo precioso de san Pablo, nos dice: *«los hijos de Dios son los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios» (Rm 8, 14)* Pero mirad, en la vida cristiana hay que descubrir cómo Dios es el que quiere guiarnos en la vida, es el que nos conduce a Jesús. En Simeón, el Espíritu *mora, revela, mueve-guía.*

Tenemos que descubrir esta presencia del Espíritu en nosotros y aprender a ser dóciles a su moción; y ese Espíritu, aunque no se diga expresamente, ¿a qué movió a Simeón? Le movió a reconocer al Niño, a abrazarlo, a tomarlo en brazos y a bendecirlo. Dios siempre supera las cosas, porque Simeón no solo lo vio, sino que lo pudo coger, lo pudo tomar en sus brazos, lo pudo abrazar, lo pudo besar. ¿Y qué hace Simeón? Bendecir a Dios. ¡Cuántas veces nos da ocasión la vida para esto, para bendecir a Dios, para bendecirle por los dones recibidos!

También lo hace Ana, que bendice a Dios y habla a todos del Niño. Ana y Simeón nos enseñan a ser testigos del Señor, a ser de los hombres y mujeres que esperan en Dios, que aprenden a descubrir la acción y presencia del Espíritu Santo, que se hacen dóciles a su acción y que saben bendecir a Dios por todas las cosas.

María y José ante Simeón y Ana presentan a Jesús, y entonces sucede el encuentro de Dios con su pueblo. La tradición oriental de la Iglesia llama a **la Presentación del Niño Jesús en el Templo, “el Encuentro”**. **El Encuentro del Salvador con su pueblo**, ese pueblo expectante que esperaba la salvación, pues ese Salvador prometido es Dios mismo, el que ha conducido toda la historia de la salvación que sale ahora como Niño al encuentro de su pueblo.

Nosotros también podemos acudir de una manera especial al encuentro del Señor en el Templo. **Sabemos que Jesús está en la Eucaristía y allí nos espera**, allí está para nosotros y se reproduce cada día, en cada momento que sucede de nuevo este encuentro.

Tenemos que anhelar estar con el Señor. Hay tantos modos de presencia del Señor, pero hay una muy especial que es la Eucaristía, allí lo revivimos, es como si María tantas veces nos quisiera conducir allí al encuentro con Jesús, a quien aprendemos a adorar, a nuestro Señor, el que por los siglos de los siglos es la bendición de Dios para nosotros.

Vamos a profundizar un poco más, porque el misterio es realmente decisivo. En la misma presentación del Señor tenemos unas palabras importantes y misteriosas de Simeón:

*«Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones, será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el alma”» (Lc 2, 33-35)*

Palabras misteriosas, palabras que en la Encíclica *Redemptoris Mater* sobre la Virgen María, Juan Pablo II califica como **la segunda anunciación a María**. Porque ahora María, presentando a **Jesús**, descubre el camino del Mesías: es un camino difícil, va a ser signo de contradicción, **es el Mesías de la Cruz y ella va a estar unida a este misterio, «y a ti misma una espada te atravesará el alma»**.

Vamos a intentar profundizar en este misterio. Lo primero de todo es que **Dios bendice lo que el hombre le presenta**. Jesús ciertamente es Dios, pero también es hombre, y su misión va a ser asumir y abrazar la humanidad entera dentro de sí. Tendremos ocasión, si Dios quiere, de contemplar esto más adelante.

María ofrece a Jesús al Padre y lo ofrece para que se realice la verdadera bendición de la salvación del mundo. María va más allá de Abrahán. ¿Os acordáis? En el capítulo 22 del Génesis Dios pedía a Abrahán que ofreciese a su hijo, pues en la presentación en el Templo tenemos el anticipo del misterio de la Cruz de Jesús.

Jesús es el que va a realizar la salvación, porque gracias a Él se va a derramar la gran bendición de Dios, la salvación de la humanidad, pero esa salvación va a ser a través del sacrificio de Cristo, de su propio sacrificio. No va a ser un sacrificio vivido por Él solo, sino que en ese sacrificio Él va a unir a María, a su madre, a la nueva Eva junto al nuevo Adán. A través del sacrificio, Dios va a bendecir el mundo. Si Dios ahorró el sacrificio del hijo a Abrahán, Dios Padre no se va a reservar a su propio Hijo, sino que nos lo va a dar. Y María va a tener que vivir el sacrificio de su Hijo por la salvación del mundo.

En la Presentación en el Templo se nos anticipa el misterio de la redención en su plenitud, la ofrenda de Jesús que por su muerte y resurrección traerá la salvación al mundo: **María, así, con Jesús en los brazos, ofreciéndolo al Padre**. Ella, que le ha dado la humanidad a Dios, esa humanidad que ha recibido ese Niño, la presenta al Padre, como estará al pie de la Cruz, unida al sacrificio de Jesús y ella es también la madre de la Iglesia, la madre de los cristianos, la madre de todos los hombres.

En **los brazos de María** descubrimos también **los brazos de nuestra Madre**, porque nosotros **formamos parte de Cristo**, y en aquellos brazos que ofrecían a Jesús nos descubrimos nosotros mismos, ofrecidos por María al Padre en unión con Jesús. **No hay bendición sin ofrenda, no hay bendición sin sacrificio**. Dios bendice lo que le es ofrecido. Cristo asumirá la humanidad caída en pecado en sí mismo, y abrazando y haciendo suya la humanidad nos traerá la bendición de Dios.

Dios, que se ha hecho hombre, nos hace sitio a nosotros, nos mete en Él, y quiere que nosotros participemos en su ofrenda, asociados a su sacrificio. Solo Él salva, pero a la vez que nos salva quiere hacernos partícipes de su sacrificio, colaboradores en la obra de su salvación. Nosotros, que somos sus primeros beneficiarios, somos a la vez transformados y hechos instrumentos de salvación, y eso ha sucedido de manera única, pero también ejemplar en María, en nuestra Madre.

**María es figura de la Iglesia y modelo de los cristianos**, por eso nosotros tenemos que descubrir que **toda bendición la recibimos a través del sacrificio de Cristo**, y cómo tenemos que asociarnos y ser colaboradores de Cristo.



Vamos a ver cómo el *Catecismo de Iglesia Católica* nos ilumina este misterio que vivimos todos los días en la Eucaristía. Primero vemos lo que nos dice en referencia a la **Presentación** y luego al **misterio de nuestra asociación al sacrificio de Cristo en la Eucaristía**:

Texto (CIgC 529)

*«Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, "luz de las naciones" y "gloria de Israel", pero también "signo de contradicción". La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos"».*

Ser de Cristo es aceptar la contradicción: no hay vida en el Señor sin aceptación de la cruz, y el Señor nos avisa de que en la medida en que le vivamos también podemos recibir rechazo, contradicción, persecución. Tenemos que estar atentos a esto, porque cuando seguimos de verdad al Señor suele ser un signo que acompaña la vida en Dios.

Pero además, el Señor, que ha vivido la salvación de los hombres, ha asociado a María a su obra redentora. **María nos descubre el camino de la Iglesia**. Ella fue la única que estuvo asociada al Salvador en el momento en el que se realizaba la redención y nos descubría el camino de la Iglesia, que ha de cooperar con Él a partir de la muerte y resurrección del Señor.

Texto (CIgC 1368)

*«En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda».*

En **la Presentación del Señor** –nos dice el *Catecismo*–, que la espada de dolor predicha a María **anunciaba otra ofrenda perfecta y única, la de la Cruz**, y esta ofrenda **está presente en la Santa Misa**. También nosotros estamos **llamados a unirnos al sacrificio de Cristo**. A través de ese sacrificio recibimos todo bien, somos bendecidos en la medida en que nos asociamos y participamos del mismo. Lo que vivimos en la Misa continúa en el altar de nuestro corazón (CIgC 2655).

Pero hay más, hay una **presencia de María** cada vez que se celebra **la Misa**. el *Catecismo*:

Texto (CIgC 1370)

*«La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la Cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo».*

Precioso esto que nos dice el texto. Al igual que en la Presentación de Jesús en el Templo, **nosotros en cada Misa ofrecemos** al Padre el mayor don de los dones: **a Jesús**, a nuestro Dios hecho hombre, crucificado y resucitado, a nuestro Salvador. Es lo mejor que tenemos, no tenemos otra cosa mejor que ofrecer, pero **con Él nos ofrecemos** todos, cada uno de nosotros, y queremos **ofrecer nuestra vida, situaciones, personas, toda la Iglesia, todo el mundo**, tratando de que, a través del sacrificio de Cristo, sean bendecidos todos los hombres.

Y no lo hacemos solos, **lo hacemos en unión con María** y con el deseo que tiene el Señor de que lo hagamos con su mismo corazón, con sus mismas actitudes. Podemos revivir el misterio de la Presentación en el Templo cada vez que anhelamos la bendición de Dios. Para ser bendecidos tenemos que ofrecernos por entero y unirnos al sacrificio de Cristo. Unidos a María, con la actitud de María y trayendo ante el Señor a todos los hombres. **¡Enseñanos, María, a ser como tú!**

Hay un autor, que contemplando este misterio de la Presentación, nos dice: **las manos de María nos sostienen para que vivamos siempre en presencia de Dios**. María detrás de nosotros haciéndonos vivir en la presencia del Dios vivo, bajo su mirada. ¡Qué bendición!



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa "Dame de beber" de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 30 de diciembre de 2007*

## SUGERENCIAS PARA ORAR

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:*

### *Paso a paso...*



#### *Invocación al Espíritu*

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



#### *Lectura del texto*

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



#### *Meditación*

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



#### *Oración*

Respondo al Señor, de corazón a corazón



#### *Compromiso*

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ *Hemos visto su estrella.* ¿Qué estrella indica la presencia de Dios en nuestros ambientes? ¿Somos capaces de descubrirla? ¿Por qué alguien ve en la estrella un signo y otros no son capaces de ver?
- ✓ Los Magos, que era paganos, tuvieron la capacidad de reconocer los signos que el Señor les daba para buscar al Rey de los Judíos, y yo, ¿sé reconocer esas señales que Dios va colocando en mi vida para que yo lo busque? Lo que pasa en mi vida, ¿busco interpretarlo a la luz de Dios? ¿me esfuerzo por leer mi vida a la luz de los ojos de Dios?
- ✓ Los Magos ofrecieron a Jesús regalos simbólicos ¿Qué regalos puedo yo ofrecer que simbolicen mi fe, mi amor, mi fidelidad a Jesús?
- ✓ La fe que tengo, ¿es la que aprendí de niño, niña, o deseo que mi fe crezca para dar razón de lo que creo? (1 Pe 3, 15) ¿Qué hago para conocer y profundizar más mi fe?
- ✓ Llama la atención que de las numerosas personas que estarían allí en el Templo y que precisamente habían ido allí a orar y a encontrarse con el Dios Santo de Israel (*levitas, peregrinos, rabinos, sumo sacerdote*) parece que fueron incapaces de captar la particular presencia de María, José y Jesús, «*tan cerca y tan lejos*», y solo dos *ancianos, sencillos y humildes*, reconocieron en el Niño Jesús un signo del Mesías. ¿Por qué solo Simeón y Ana fueron inspirados por el Espíritu Santo?
- ✓ Simeón tomó en brazos al Niño Jesús y elevó una oración de bendición (cántico). La Iglesia ha recogido esa oración en la Liturgia de las Horas que se reza cada noche en Completas. ¿Conoces esa oración?
- ✓ La aceptación y el rechazo tienen algo que ver con la vida de Jesús ¿Qué lección nos da para nuestro camino de apostolado?